

frutarla. Aquí la Naturaleza tiene su santuario, tabernáculo pleno de tesoros al alcance del imposible y de la eternidad. Daimiel, inmóvil, representa su misterio y, rica en temas legendarios, nos cautiva con remotos sucesos.

Daimiel, edificada alrededor de un castillo, del que sólo queda el nombre en la parte alta de la población, como una avanzada frente a Toledo; Daimiel vieja y nueva, frondosa, casi humana, con empaque de portada de romance, no ha dejado nunca de ser un vivero de emociones y de fantasías, una reserva de prodigios, un elenco paradisiaco, un placer para los sentidos como el de contemplar los llantos del Guadiana, Azuer y Ciguëla, las plantaciones de arroz; oír los rumores de la vegetación; degustar sus yantaras, sus frutos; palpar su secreta existencia en la accidentada geografía de sus parajes y respirar sus aromas de almendrales en flor, de cantueso, romero y tomillo...

Celeberrimos Ojos del Guadiana. Potentes resurgencias que en número bíblico —dos veces siete— tienen nombres entrañables: Ojo del Pico, del Sordico, del Rincón, Estanque de la Señora...

Sumidos en la ensoñación y en el arcano de estas latitudes, empieza —en este magno escenario— la representación, remontándonos a tiempos pretéritos.

Se levanta el TELON.

ACTO I

Es otoño. Los chopos doblegadizos del camino mecen su escaso ropaje amarillento entre la luz opalescente de la tarde que en un cotidiano adios difumina a Daimiel. Las bestias, cansinas, se baten en retirada de sus labores. Revolotea asustadiza la perdiz pardilla; un conejo cruza ligero la vereda. Abajo, el rumor del río donde reculan los cangrejos; por lo alto del Cerro Cabezas el graznido de algún pajarraco y en medio, el silencio majestuoso del reino manchego. Los hombres, doblegados ya por el trabajo de todo el día, codician la llegada a sus hogares.

— "Mañana, Juan, irás a cortar leña a primera hora. Adéntrate lo bastante para que, despejando las zonas más pobladas, más bien causes beneficio que perjuicio con el hacha" —dijo el Conde a su criado—.

— "Así se hará, mi señor".

Y la noche en calma fue palio para Daimiel.

ACTO II

Se despereza ya la mañana en su eclosión de vida.

— "Juan, ¡arriba! —dice su esposa—.

Y Juan se dispone a emprender la tarea que le había encomendado el Conde, su señor.

— "¡Cuida el jumento, por si vuelvo tarde!".

¡Qué olor a tierra herida, a romero húmedo, a espliego escandaloso de perfume! ¡Qué con-

